

Cómo la Resistencia yemení detuvo la máquina de guerra estadounidense

KIT KLARENBERG : : 23/05/2025

Debacle en el mar Rojo: el fracaso de las hostilidades renovadas de EEUU contra Yemen en el mar Rojo revela las limitaciones del poder militar estadounidense

El 12 de mayo, *The New York Times* publicó una autopsia forense del fracaso de las hostilidades renovadas de Trump contra el ejército yemení en el mar Rojo.

La investigación estuvo plagada de revelaciones extraordinarias, describiendo en detalle cómo el esfuerzo combinado aéreo y naval, lanzado con gran fanfarria y retórica altisonante por parte de los funcionarios estadounidenses, resultó ser un desastre aún mayor y una derrota devastadora para el Imperio de lo que se había pensado anteriormente.

La magnitud del cataclismo podría explicar la repentina determinación de Washington de llegar a un acuerdo negociado con la República Islámica de Irán.

Quizá la revelación más impactante sea que la 'blitzkrieg' (guerra relámpago) de Trump contra Yemen fue inicialmente planeado como un compromiso a largo plazo y a gran escala, culminando en una invasión terrestre con fuerzas 'proxy'.

El general Michael Kurilla, comandante del Comando Central del Pentágono, que cubre Asia Central, Sur y Occidental, había estado a favor de la guerra total contra el gobierno de Yemen desde que comenzara su bloqueo del mar Rojo contra el genocidio en Gaza a finales de 2023.

Se dijo, sin embargo, que Biden era escéptico de que una "campana agresiva" pudiera hacerlos "destacarse a nivel global". Con la reelección de Trump, "Kurilla tuvo un nuevo comandante en jefe" y una oportunidad para incrementar significativamente la apuesta contra Yemen. Propuso un esfuerzo de entre ocho y diez meses, comenzando con un bombardeo de saturación contra los sistemas de defensa aérea yemeníes, seguido de una ola de asesinatos selectivos de líderes del movimiento, inspirados directamente en los ataques israelíes a los altos miembros de Hezbolá (Movimiento de Resistencia Islámica de El Líbano) en septiembre de 2024.

La gran operación de Kurilla recibió el apoyo entusiasta de elementos de la administración Trump, incluidos el secretario de Defensa Pete Hegseth y el entonces asesor de seguridad nacional Mike Waltz.

Los funcionarios saudíes también estuvieron de acuerdo, proporcionando a Washington una lista de objetivos de 12 líderes de Ansarolá "cuyas muertes, según dijeron, paralizarían al movimiento".

Sin embargo, los Emiratos Árabes Unidos, que junto con Riad bombardearon Yemen sin cesar entre 2015 y 2023 sin resultados tangibles, "no estaban tan seguros". Varios

miembros de la administración de Trump también eran escépticos del plan y temían que un ataque prolongado a Saná agotara valiosos recursos finitos, incluyendo la popularidad del propio presidente.

No obstante, tras un intenso cabildeo, Trump "aprobó una parte del plan del General Kurilla: los ataques aéreos contra los sistemas de defensa aérea de Yemen y los ataques contra los líderes del grupo".

Así fue como, el 15 de marzo, los aviones de guerra de EEUU comenzaron a bombardear Yemen nuevamente, mientras una fuerza de portaaviones liderada por el USS Harry S. Truman se adentraba en el mar Rojo.

Los funcionarios de la Casa Blanca se jactaron de que el asedio continuaría "indefinidamente", mientras Trump presumía que Ansarolá sería "diezmado" mediante "fuerza letal abrumadora hasta lograr nuestros objetivos".

El portaaviones Truman.

Una degradación real

En realidad, según *The New York Times* Trump dejó claro en privado que quería que Ansarolá fuera bombardeado "hasta la sumisión" en tan solo 30 días, y que el fracaso en este objetivo significaría la terminación de la operación.

Al día 31 de las hostilidades, el presidente de EEUU "exigió un informe de progreso". Según el medio, "los resultados no estaban ahí", lo cual es una gran subestimación. EEUU "ni siquiera había establecido superioridad aérea" sobre Yemen, mientras que el grupo de Resistencia continuaba "disparando a barcos y drones, fortificando sus bunkers y moviendo arsenales de armas bajo tierra".

Además, durante esos primeros 30 días, el ejército yemení "derribó siete drones MQ-9 estadounidenses" que cuestan alrededor de 30 millones de dólares cada uno, "perjudicando la capacidad del Comando Central para rastrear y contraatacar". Mientras tanto, varios F-16 y un avión de guerra furtivo F-35 estadounidenses "fueron alcanzados o casi alcanzados por las defensas aéreas yemeníes, haciendo real la posibilidad de numerosas bajas estadounidenses".

Durante todo este tiempo, EEUU consumía armas y municiones a un ritmo de aproximadamente 1000 millones de dólares solo en el primer mes.

"El costo de la operación fue asombroso. El Pentágono desplegó dos portaaviones, aviones B-2 adicionales y cazas, así como defensas aéreas Patriot y THAAD... Se usaron tantas municiones de precisión, especialmente las de largo alcance, que algunos planificadores de contingencia del Pentágono comenzaban a preocuparse por las existencias generales y las implicaciones para cualquier situación en la que EEUU tuviera que repeler un intento de invasión de Taiwán por parte de China".

Preocupada, "la Casa Blanca comenzó a presionar al Comando Central para obtener

métricas de éxito de la campaña". En una amarga ironía, los funcionarios del Pentágono "respondieron proporcionando datos que mostraban el número de municiones lanzadas" para demostrar que estaban alcanzando sus objetivos. También afirmaron, sin evidencia, haber golpeado más de 1000 objetivos militares, matando a "más de una docena de líderes hutíes".

La inteligencia de EEUU no estaba convencida, reconociendo que hubo "cierta degradación" del ejército de Yemen, pero "la fuerza armada podría reconstituirse fácilmente" y de forma independiente.

Como resultado, "altos funcionarios de seguridad nacional" comenzaron a investigar "camino" para retirarse del teatro con la menor vergüenza posible o continuar el fiasco utilizando fuerzas locales 'proxy'.

Una opción era "intensificar las operaciones durante hasta otro mes y luego realizar ejercicios de 'libertad de navegación' en el mar Rojo usando dos grupos de portaaviones, el Carl Vinson y el Truman". Si Yemen no disparaba contra los barcos, "Trump declararía victoria".

Otra opción era extender la campaña, dando tiempo a las escasas fuerzas bajo el control del gobierno "reconocido por la comunidad internacional", el Consejo Presidencial de Liderazgo Yemení, derrotado en Yemén y ahora basado en Riad, "para reiniciar una ofensiva para expulsar a los yemeníes de la capital y los puertos clave" en un asalto terrestre.

El plan fue elaborado a pesar de que las invasiones previas a Yemen lideradas por Arabia Saudí terminaron invariablemente en un desastre total. Esto puede explicar por qué las conversaciones entre Hegseth y los funcionarios saudíes y emiratíes a finales de abril "para encontrar una manera sostenible de avanzar... que pudieran presentar al presidente" no llegaron a nada.

Gran capacidad

Como la suerte lo quiso, justo cuando los esfuerzos de Hegseth por revivir el colapso de la operación estaban fracasando, el enviado de Trump para Asia Occidental, Steve Witkoff, estaba en Omán, participando en conversaciones nucleares con Irán.

Allí, los funcionarios sugirieron por separado una "salida perfecta" para Washington en su guerra con Yemen. EEUU "detendría la campaña de bombardeos y la milicia ya no atacaría barcos estadounidenses en el mar Rojo, pero sin acuerdo para dejar de interrumpir el tráfico marítimo que Yemen considera útil para Israel".

Desastres mediáticos como la pérdida de un F/A-18 Super Hornet, que costó 67 millones de dólares -según el Pentágono "debido a que el USS Harry S. Truman realizó maniobras evasivas para evitar un ataque de drones y misiles de Yemen", cosa muy poco creíble-, disminuyeron aún más el entusiasmo de la Casa Blanca por la operación.

Según *The New York Times*, "Trump ya había tenido suficiente". Aceptó la propuesta omaní y, el 5 de mayo, Centcom "recibió una orden repentina... de 'pausar' las operaciones

ofensivas" en el mar Rojo.

El hecho de que un misil balístico disparado por el ejército yemení el día anterior evadiera las defensas aéreas del régimen de Netanyahu y golpeará el Aeropuerto Internacional Ben-Gurion de Tel Aviv probablemente proporcionó un incentivo adicional para detener las hostilidades.

Así fue como, el 6 de mayo, Trump declaró victoria contra Yemen, afirmando que el grupo de Resistencia había "capitulado" y "ya no quería pelear más". No obstante, el presidente expresó clara admiración por los Partisanos de Dios, indicando que confiaba en las garantías de Yemen de que los barcos estadounidenses ya no estarían en su formidable línea de fuego:

"Les dimos un golpe muy fuerte y tuvieron una gran capacidad para resistir el castigo. Se podría decir que hubo mucha valentía allí. Nos dieron su palabra de que ya no dispararían a los barcos, y nosotros honramos eso".

Según *The New York Times*, la "declaración repentina de victoria" de Trump... demuestra cómo algunos miembros del equipo de seguridad nacional del presidente subestimaron a un país conocido por su resistencia".

Pero más profundamente, esto refleja seguramente cómo la dolorosa y costosa experiencia fue una educación a golpes en las flagrantes deficiencias del poder militar de EEUU, y la fatal vulnerabilidad del Imperio en caso de una guerra total contra un adversario capaz de defenderse realmente. Esto podría explicar la repentina determinación de Trump de alcanzar un acuerdo nuclear con Teherán.

No debe olvidarse que, incluso antes de asumir el cargo, Trump y su gabinete planearon abiertamente una escalada significativa de beligerancia contra la República Islámica.

Entre otras cosas, se jactaban de haber diseñado planes para "quebrar a Irán" a través de la "máxima presión". El secretario de Estado de EEUU, Marco Rubio, quien durante mucho tiempo ha abogado por endurecer las ya devastadoras sanciones contra Teherán, fue un defensor clave de este enfoque, apoyado con entusiasmo por Mike Waltz, entre otros.

En un evento organizado por el consejo adjunto de la OTAN, el Consejo Atlántico, en octubre de 2024, Waltz presumió de cómo el presidente casi había destruido previamente la moneda de la República Islámica, y anticipaba infligir aún más daño al país tras la toma de posesión de Trump.

Sin embargo, hoy en día, esa retórica ha desaparecido del discurso político occidental dominante. Parece que Trump y su equipo no solo han abandonado sus ambiciones previamente declaradas hacia Irán, sino que están decididos a evitar la guerra.

Además, así como la entidad sionista no fue consultada antes de que Washington alcanzara un alto el fuego con Yemen, el régimen de Tel Aviv ha sido completamente excluido de las negociaciones nucleares entre EEUU e Irán, y si finalmente se llega a un acuerdo, no tomará en cuenta la posición belicista de Israel hacia la República Islámica.

Tal como la Crisis de los Misiles Cubanos transformó al guerrero frío John F. Kennedy en una paloma de la paz, la experiencia de Trump en el mar Rojo podría haber precipitado un cambio sísmico en la política exterior de su administración.

PressTV.ir

<https://www.lahaine.org/mundo.php/como-la-resistencia-yemeni-detuvo>